



No améis al mundo

Meditación sobre la vida de Lot

John Nelson DARBY

biblicom.org



Índice

1 - Introducción	3
2 - Génesis 11:26-31	4
3 - Génesis 13:1-11	5
4 - Génesis 13:11-18	6
5 - Génesis 14:1-12	7
6 - Génesis 14:13-24	9
7 - Génesis 19:1-23	10
8 - Génesis 19:24-26	13
9 - Génesis 19:29-38	16
10 - Lecciones de la vida de Lot	17

1 - Introducción

Escribiendo a los jóvenes de la familia de Dios, el apóstol Juan les exhortó a no amar al mundo ni las cosas que están en el mundo (1 Juan 2:15). Los jóvenes eran fuertes en la fe y, porque la Palabra de Dios permanecía en ellos, habían vencido al maligno. A pesar de lo que ya habían logrado en la buena batalla de la fe, los jóvenes estaban en peligro de ser atraídos y atrapados por las cosas del mundo. El mundo es un sistema que pertenece al hombre según la carne, y Satanás es su dios y príncipe. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no es del Padre, sino del mundo.

Algunos cristianos se han sentido atraídos por la política de este mundo y se han comprometido en la vida política activa, pensando que estaban haciendo del mundo un lugar mejor, sin darse cuenta de que estaban tratando de mejorar un mundo que Dios condenó en la cruz de Cristo. Otros se han sentido atraídos por las riquezas, el rango, la fama y otras recompensas que ofrece el mundo, sin haber conocido ni haberse convencido de la verdad de la vocación celestial. Muchos han sido seducidos por la religión mundana o la filosofía, porque apelan a las emociones y a la mente carnal.

Pero el cristiano ha sido llamado por Dios a una vida de separación del «presente siglo malo» (Gál. 1:4); su pensamiento debe estar fijo en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Nuestra vida es celestial en origen y carácter; está oculta a los ojos del hombre del mundo, y gozamos de comunión con Dios y con su Hijo en cosas que el hombre natural no puede conocer. La vida eterna, que pronto será nuestra en el cielo por la eternidad, ha de ser captada ahora; pues la hemos recibido como un don de Dios, para que al pasar por esta edad presente conozcamos los profundos gozos de los afectos divinos y las relaciones celestiales que nos pertenecen en Cristo.

Al final de su camino de fiel testimonio del Señor Jesús, el apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo, su «amado hijo» en la fe (2 Tim. 1:2), hablaba de algunas personas con las que podía contar en el servicio del Señor. Lucas estaba con él, su único compañero; otros habían sido enviados a otros lugares para dar testimonio del Señor; Marcos debía ser llevado a Pablo, pues debía serle útil en su ministerio. Pero toda Asia Menor se había apartado de Pablo, y Demas, que evidentemente había sido su compañero con Lucas (Col. 4:14), le abandonó habiendo amado «el presente siglo» (2 Tim. 4:10). Desde entonces, muchos, como Demas, han abandonado el camino del oprobio y la vergüenza ligados al testimonio de Dios, por haber amado este mundo presente.

La «corona de justicia» estaba reservada al apóstol, pero podía decir que era para «todos los que aman su aparición» (2 Tim. 4:8). ¿Amamos la aparición del Señor o la época actual?

En el Antiguo Testamento, Lot, sobrino de Abraham, fue seducido por el mundo, y su vida, según las Escrituras, contiene muchas lecciones saludables para los cristianos. El apóstol Pedro no deja lugar a dudas de que Lot era un hombre «justo», este comentario divino en el Nuevo Testamento revela rasgos de su carácter que no podríamos haber aprendido de la historia del Antiguo Testamento. Los tratos de Lot con el mundo no le proporcionaron honor ni felicidad duraderos, pues su alma justa fue atormentada «cada día su alma» (2 Pe. 2:8). El cristiano que busca las cosas de este mundo, tarde o temprano descubrirá que no hay verdadera felicidad para él.

2 - Génesis 11:26-31

La primera mención de Lot se encuentra en «las generaciones de Taré», el padre de Abram. Allí nos enteramos de que era hijo de Harán, hermano de Abram (Gén. 11:27). Unos versículos más adelante se nos dice que «Tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán» (v. 31). No parece que Lot hubiera tenido algún ejercicio de alma para separarse de Ur. El llamado de Jehová había sido dirigido a Abram (Gén. 12:1), al principio la iniciativa parece haber sido tomada por Taré. Taré, Abram y Lot abandonaron la tierra y la ciudad donde «servían a dioses extraños» (Josué 24:2): Abram por llamado de Dios; Taré, al parecer, influido por el llamado de Abram, o quizá por alguna razón natural que Dios no tuvo a bien revelar; y finalmente Lot traído por Taré. Lot siguió adelante bajo la influencia de Abram, y parecía contento de estar conducido a Canaán por la fe de Abram, y de ser llevado a Egipto cuando la fe de Abram falló.

Muchos cristianos son como Lot, mostrando poca evidencia de ejercicio del alma ante Dios en cuanto a sus movimientos o cambios. Puede que se hayan criado bajo una influencia piadosa –un privilegio muy valioso– pero también puede que se hayan contentado con dejarse llevar por la fe de un pariente o amigo fiel. Además, su círculo cristiano y sus compañeros creyentes han sido más meras influencias que han dirigido sus vidas, que los frutos de los ejercicios de su alma. Cuando llega el tiempo de la prueba, a menudo queda claro que el alma no ha tenido que tratar directamente con Dios, aunque Dios a veces puede usar la prueba para fortalecer y

aumentar la fe existente.

3 - Génesis 13:1-11

Llegó el momento en que Lot fue puesto a prueba. La prosperidad material de Abram y de Lot era tal que la tierra ya no podía mantener sus rebaños, y había peleas entre sus pastores. Abraham no quería conflictos entre hermanos, sobre todo ante los ojos de los cananeos y los ferezeos que habitaban el país; por eso propone a Lot que se separe de él y le deja elegir el lugar. Lot no protesta diciendo que aprecia demasiado la compañía del hombre de fe como para dejarlo; ni siquiera expresa pesar por las rencillas entre los pastores; no sugiere que se deje la elección al mayor; de hecho, casi parece como si en el corazón de Lot actuaran influencias que le hicieran ver esta crisis como una oportunidad para obtener lo que satisfaría los deseos naturales de su corazón. Si hubiera deseado continuar siendo compañero de Abram, y estar asociado con su altar y su camino de separación al que Dios le había llamado, sin duda habría encontrado una fácil solución a las dificultades que habían producido la discordia entre los pastores.

La disputa solo había sido entre pastores rivales, pero Abram había percibido obviamente el peligro de que se extendiera a sus amos. Siendo este el caso, parece que entre Abraham y Lot no había toda la comunión y confianza que habría habido si hubieran estado unidos en espíritu y juicio. Había algo malo en el hecho de que solo su separación podía asegurarles una vida tranquila y sin disputas. Podemos estar seguros de que el hombre de fe no estaba absorto en sus posesiones; nunca habría permitido que sus rebaños lo separaran de alguien con quien pudiera tener una feliz comunión en las cosas de Dios. El resto de la triste historia de Lot deja claro que la disputa entre los pastores no podía separarse de la diferencia de visión entre Abram y Lot. Uno tenía su mente en las cosas de Dios, el otro en las cosas del presente.

Dispuesto a separarse de Abram, en cuya compañía y bajo cuya influencia Dios le había hecho prosperar, Lot levantó la vista y vio toda la llanura del Jordán. ¡Qué atractiva le pareció! La vio como un verdadero paraíso; su ojo experimentado vio que estaba bien regada, exactamente lo que se necesitaba para la prosperidad de sus ovejas y sus rebaños. Era comparable a la tierra de Egipto, camino de Zoar, que Lot debió de admirar cuando bajó a Egipto con Abraham. Desde fuera, todo era agradable y atractivo; la vista era incomparable, las perspectivas tranquilizadoras; pero había lo que no podían ver los ojos mortales: los pensamientos de Dios y el

consejo de Dios para los habitantes de la llanura.

Lo supiera Lot o no, «los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová en gran manera» (Gén. 13:13), y sus condiciones morales eran tales que Dios no podía tolerarlos por más tiempo. Si Lot hubiera vivido en comunión con Dios, debería haber conocido los pensamientos de Dios sobre lo que estaba sucediendo en Sodoma, y algo de Sus pensamientos sobre su inminente juicio. Los pensamientos de Dios se referían a la vida de los hombres que vivían en las ciudades de la llanura, pero los de Lot estaban absortos en la belleza natural de la tierra y sus ricos pastos. Poco sabía Lot que pronto el hermoso valle del que se regocijaba sería el escenario de un devastador juicio divino, y que gran parte de sus prometidos fértiles pastos quedarían bajo las aguas de un mar salado.

Hay muchos cristianos que, como Lot, se han dejado engañar por la bella apariencia de las cosas presentes. Los «deseos de los ojos» (1 Juan 2:16) han sido su perdición; como Eva que, mirando el fruto prohibido, vio «que el árbol era un agradable a los ojos» (Gén. 3:6). Un paso en falso puede conducir, como en el caso de Eva, a la ruina irremediable; como en el caso de Lot, a un final vergonzoso; y en el caso de un creyente, «el deseo de los ojos». No así Abram, de quien el Espíritu de Dios dijo más tarde: «Esperaba la ciudad que tiene [los] cimientos; cuyo arquitecto y hacedor es Dios» (Hebr. 11:10). La fe se siente atraída por las cosas invisibles al ojo natural, pues «la fe es la certidumbre de las cosas esperadas, la convicción de las realidades que aún no se ven» (v. 1).

4 - Génesis 13:11-18

Después de examinar el valle del Jordán con sus propios ojos, Lot lo eligió su porción y se dirigió hacia el este. Este fue el primer paso en un camino que lo alejó de la influencia piadosa de Abram y lo hundió más profundamente en el fango del mundo. Después de la separación, «Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la llanura, y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma». Abram siguió su camino de peregrino, pero Lot se convirtió en habitante de las ciudades donde los pecadores entristecían el corazón de Dios.

No debemos suponer que cuando Lot eligió el valle del Jordán tenía la intención de asociarse con los hombres de Sodoma, pero el primer paso hacia abajo le llevó en esa dirección. A menudo ocurre lo mismo con los cristianos: no tienen la intención

de entrar en alianzas impías con el mundo, pero después del primer paso hacia el mundo, se encuentran cada vez más involucrados, con poco deseo y menos fuerza espiritual para liberarse de lo que saben que es contrario a la voluntad de Dios.

Es posible que las influencias externas provocaran el primer paso de Lot, aunque las Escrituras no lo indican en el momento de la elección del valle. Más tarde, como veremos, Jehová juzgó a la mujer de Lot por mirar detrás de ella mientras huían de la ciudad condenada de Sodoma. Es posible que su influencia tuviera algo que ver con la caída de Lot; pero, aunque así fuera, toda la responsabilidad recaía en el propio Lot. Dios no excusó a Adán por tomar el fruto prohibido porque desobedeció el mandamiento bajo la influencia persuasiva de su esposa, y Dios no considerará irresponsable a ningún cristiano que haga alianzas impías con el mundo, aunque haya sido seducido por otros. Más de un hombre piadoso ha sido atrapado por el mundo a través de relaciones naturales. Lo que al principio rechazó para sí mismo, lo aceptó para su esposa, o tal vez para sus hijos; y al final, deshonoró el nombre de Jehová, y trajo vergüenza y problemas sobre sí mismo.

5 - Génesis 14:1-12

Después de habitar en las ciudades de la llanura y levantar su tienda hacia Sodoma, lo primero que aprendemos de Lot es que cuando los 4 reyes confederados derrotaron a los reyes de las ciudades de la llanura, «tomaron toda la riqueza de Sodoma y de Gomorra, y todas sus provisiones... Tomaron también a Lot, hijo del hermano de Abram, que moraba en Sodoma, y sus bienes, y se fueron» (14:11-12). Qué posición tan humillante para alguien que, con Abram, había conocido el cuidado y la protección de Jehová. El “pobre Lot” había ido a un lugar donde no podía reclamar el apoyo de Dios y donde su impotencia para protegerse había quedado plenamente demostrada. Mientras caminemos por el camino de la voluntad de Dios, podemos contar con su ayuda y protección, como dijo Jehová a Abram después de haber salvado a Lot: «No temas, Abram; yo soy tu escudo» (15:1).

Esta calamidad le sobrevino porque «Lot habitaba en Sodoma». Anteriormente se había dicho: «Los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová» (Gén. 13:13), y sin embargo Lot vivía entre esa gente. Puede que no conociera el verdadero carácter de los sodomitas cuando dejó a Abram, pero difícilmente podría haber vivido en las ciudades de la llanura sin saber algo de su maldad. El declive fue gradual, pero las etapas están claramente definidas: primero, la elección de la llanura

agradable y fértil; segundo, la separación de la compañía del hombre de fe; tercero, la morada en las ciudades de la llanura; cuarto, el levantamiento de la tienda hacia Sodoma; finalmente, la morada en la ciudad impía. Mientras Lot tuvo sus tiendas, parecía un peregrino, pero su aspecto desapareció cuando se estableció en Sodoma.

La decadencia de un cristiano puede ser gradual, tan gradual que las diferentes etapas pueden ser casi imperceptibles; pero una cosa es cierta, antes de que se pase una etapa, el carácter moral de la vida se ha rebajado; Cristo ha perdido su verdadero lugar en los afectos, y la conciencia se ha vuelto menos sensible. La oración, la comunión con Dios y la lectura de las Escrituras se descuidan, y otras cosas ocupan su lugar. Si no hay juicio de sí mismo y no se vuelve a las primeras obras, en la decadencia del alma se han puesto los cimientos para una deriva hacia las cosas del mundo presente.

Podemos estar seguros de que no fue porque Lot se complaciera en los pecados de los hombres de Sodoma por lo que fue a morar con ellos; el testimonio de [2 Pedro 2:7-9](#), que registra el tormento de su alma por sus actos inicuos, lo deja claro. Tampoco vemos nada que sugiera que fue para aumentar su riqueza. Si hubiera sido para aumentar su felicidad, habría sido rápidamente desengañado. De hecho, no podemos decir con seguridad qué le llevó allí. [Génesis 19:9](#) puede darnos una pista. Los hombres de Sodoma dicen: «Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez?» (19:9). Es evidente que Lot fue allí, no para quedarse un tiempo, sino para morar, y parece que intentó una y otra vez reformarlos. Evidentemente pensó que le escucharían, y parece que prestaron cierta atención a sus palabras, aunque había un resentimiento interno por su interferencia en su forma de vida.

Desde los tiempos de Lot, muchos cristianos han creído tontamente que pueden ayudar a mejorar a la gente de este mundo y se han unido a ellos en este proyecto. La cruz es el testimonio de lo que es el hombre, y en la cruz Dios juzgó la carne como incorregiblemente malvada. Mezclarse con hombres malvados no los mejora; la Palabra de Dios afirma claramente que el mal no puede purificarse mediante el contacto con lo que es santo; de hecho, el mal siempre contamina lo que es santo ([Hageo 2:12-13](#)).

Lot no parece haber pensado en romper sus lazos con Sodoma. Podríamos pensar que, tras descubrir las condiciones de la ciudad, se habría marchado lo antes posible. Pero no, claramente había decidido quedarse allí y, en consecuencia, cuando Dios, en su gobierno, permite que las ciudades de la llanura caigan en manos de Amrafel,

rey de Sinar, y sus aliados, Lot comparte su destino. Sin embargo, si por un lado, en su gobierno, Dios castiga a Lot por sus asociaciones impías con un mundo malvado, por otro lado, en su misericordia, lo libera del cautiverio al que lo ha conducido su descuido.

Abram, el hombre de fe, que recorrió el camino de la separación del mundo, se manifiesta como el hombre del poder. Ni la fuerza de los reyes federados ni el conocimiento de sus victorias disuaden al peregrino de Dios de luchar para obtener la liberación de su hermano Lot. La fe confía en Dios y lo contempla todo a la luz de su poder. Abram es como Pablo, que más tarde dijo: «Todo lo puedo en aquel que me fortalece» (Fil. 4:13). El hombre de fe puede decir: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte», porque «No nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de sensatez» (2 Cor. 12:10; 2 Tim. 1:7). Todo les es arrebatado a los captores, no solo Lot, sino también sus posesiones y todo el botín que se habían llevado.

6 - Génesis 14:13-24

Esta habría sido sin duda una buena oportunidad para que Lot reflexionara sobre todo lo que acababa de sucederle y el camino que lo había llevado a ello. Dios había sido muy misericordioso y le había dado la oportunidad de romper sus lazos con aquellos que le habían causado tantos problemas. Ahora podía volver al punto de partida y encontrarse de nuevo en peregrinación con Abram, a quien Dios había utilizado como instrumento de su liberación. Pero cualesquiera que fueran sus pensamientos internos al respecto, no hizo ningún movimiento para separarse de los pecadores de Sodoma ni para reunirse con Abram identificándose con su altar. Lot estaba sin duda muy agradecido por los servicios de Abram, pero es evidente que tenía pocos deseos, si es que tenía alguno, de compartir su vida de peregrino.

Más de un cristiano ha sido salvado de las consecuencias de su extravío por un hermano en Cristo con mentalidad espiritual, y se le ha dado así la oportunidad de examinar el punto de partida responsable de su fracaso y vergüenza. Algunos, por un profundo ejercicio del alma, se han beneficiado de esta intervención piadosa y han sido reconducidos al camino de la voluntad de Dios. Otros, como Lot, contentos de haber sido ayudados a salir de sus dificultades, volvieron a sus antiguos caminos, que deshonraban el nombre del Señor, atormentaban sus propios corazones y herían a quienes les habían ayudado.

7 - Génesis 19:1-23

Tal fue el caso de Lot, pues la próxima vez que hablemos de él, estaba aún más firmemente atrapado en las mallas de la ciudad perversa. Cuando los ángeles de Dios vinieron a destruir Sodoma, lo encontraron como uno de sus principales ciudadanos, sentado a su puerta. A pesar de todas las influencias degradantes que le rodeaban, aún quedaba en Lot aquello que le permitía discernir que los visitantes celestiales no eran «hombres» ordinarios, pues «se levantó a recibirlos, y se inclinó hacia el suelo, y dijo: Ahora, mis señores» (19:1-2). Sin embargo, ignoraba su verdadera identidad y la misión para la que Dios los había enviado. La historia de Abraham fue diferente. No mucho antes, tal vez solo unas horas antes: «Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte... Porque yo sé que mandaré a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová» (18:17-19). Dios revela entonces a su fiel siervo y amigo su plan para la destrucción de las 2 ciudades malvadas.

De hecho, parece que en el mismo momento en que Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma y recibía a los ángeles de la destrucción, Abraham estaba en comunión con Jehová e intercedía por la ciudad culpable. El estado de sus habitantes era tal que Dios ni siquiera podía encontrar 10 justos por los que hubiera perdonado la ciudad de Sodoma, como Abraham había pedido en sus súplicas. Pero no había nada que mostrar por todo el trabajo de Lot en aquella ciudad.

La acuciante hospitalidad de Lot mostraba la bondad de su corazón y ponía de manifiesto que su carácter era muy distinto del de los habitantes de Sodoma; era un hombre bueno, pero tenía malas compañías y no había hecho caso de la advertencia divina que se le hizo cuando fue llevado cautivo y liberado por la misericordia de Dios. Descuidar o hacer caso omiso de las advertencias de Dios es un asunto grave, tanto para el santo como para el pecador. Dios es muy paciente en su trato con los hombres; muestra paciencia, dando lugar al arrepentimiento antes de actuar en juicio por el honor de su nombre.

La paciencia de Dios se ha ejercido en su trato con las naciones, las ciudades, la Iglesia, así como con los individuos. Su mensaje a Nínive, por medio de Jonás, fue: «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida» (Jonás 3:4); y la palabra del Señor a la asamblea de Éfeso fue: «Recuerda de dónde has caído! Arrepiéntete y haz las primeras obras; si no, vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, a no ser que te arrepientas» (Apoc. 2:5).

Nínive se arrepintió, y el juicio ha sido suspendido; la Iglesia profesa no se ha arrepentido, y el juicio será ciertamente ejecutado, aunque Dios espera pacientemente. Sodoma había sido advertida por su derrota y cautiverio a manos de los reyes aliados: Lot también había sido advertido, al mismo tiempo. No hubo arrepentimiento en Sodoma: no había allí ni 10 justos; ni Lot comprendió o aceptó la advertencia de Dios y se separó de su entorno y relaciones pecaminosas para buscar a Dios y hacer su voluntad (14:1-12).

La hospitalidad ofrecida a los ángeles se explica probablemente en parte por el hecho de que Lot sabía demasiado bien qué clase de hombres eran los sodomitas. Los ángeles no necesitaban la protección de los hombres y eran muy reacios a aceptar la hospitalidad que se les ofrecía. (Esta reticencia no existía cuando Abraham acogía a huéspedes celestiales, pero Abraham no se relacionaba con pecadores como lo hacía Lot). Los mensajeros de Dios no habían venido para ser recibidos en la ciudad condenada; habían venido para infligir el juicio divino; su entrada en su casa y su comida eran una expresión de la misericordia de Dios hacia Lot por la intercesión de Abraham, que había rogado: no destruir «al justo con el impío» (18:25).

La presencia de los ángeles reveló plenamente, a la puerta misma de Lot, la maldad de Sodoma, y no hizo sino agravar su culpa, pues, «rodearon la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo junto, desde el más joven hasta el más viejo» (19:4). ¿Y qué podía decir Lot para mitigar una lujuria tan desenfrenada? Lot podía rogar a los pecadores que se abstuvieran de la grosera maldad meditada en sus perversos corazones, y ofrecer un mal menor para perdonar, como él pensaba, a los huéspedes que había traído al abrigo de su casa, pero no podía rogar a los ángeles que perdonaran a los hombres de Sodoma; nada sino el juicio divino podía vencer este mal. La desvergonzada propuesta de Lot a sus conciudadanos muestra cuán impotente era el hombre que se sentaba a la puerta de Sodoma para frenar la corrupción y la anarquía. Si había pensado mejorar la suerte de los habitantes de Sodoma con su influencia y sus consejos, este momento seguramente hizo que su pobre corazón se diera cuenta de que su vida por ellos había sido un desperdicio y que todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Y qué solemne es oír al que había sido compañero del hombre de fe dirigirse a estos degradados sodomitas y llamarlos «hermanos míos» (v. 7), solo para ser injuriado, reprendido y amenazado. Tal fue la recompensa del mundo para el Hombre justo que había dado su vida por ellos. Dijeron: «Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez? Ahora te haremos más mal que a ellos» (v. 9). El discurso de Lot muestra claramente hasta qué punto se había involucrado en

los asuntos de Sodoma: su intención original era quedarse, quedarse por un tiempo, pero se convirtió en juez entre ellos y los consideraba sus hermanos. Muchos cristianos, del mismo modo, se han sumergido completamente en el mundo. Han avanzado en el mundo, de un modo u otro, y luego han querido retirarse de él, pero en cambio se han hundido cada vez más profundamente en sus asociaciones hasta que se han visto impotentes, o poco deseosos de romper los lazos que les unían a él. Un pequeño vínculo, que puede considerarse inofensivo, puede ser utilizado por Satanás para atrapar a los irreflexivos y alejarlos de los caminos de Dios.

Los cristianos que piensan que pueden ayudar a los hombres de este mundo a hacer lo recto uniéndose a ellos, harían bien en estudiar la actitud de los hombres de Sodoma hacia Lot en aquel tiempo. Él había juzgado a menudo; cada día su alma justa se sentía atormentada por su forma de vida desganada, y su presencia entre ellos sin duda había frenado en cierta medida sus caóticos caminos; pero el resentimiento por su interferencia encontró ahora expresión en sus amenazas: «Ahora te haremos más mal que a ellos». Y no se trataba de una amenaza vana, pues, hicieron «gran violencia al varón, a Lot, y se acercaron para romper la puerta». Sin la intervención de los ángeles, su amenaza se habría cumplido.

En el fondo, el mundo no aprecia el juicio del cristiano, ni el apremio que su presencia suele acarrear; y aunque acepte sus consejos, siente un resentimiento interior que, cuando se presenta la ocasión, se manifiesta claramente; puede ser, como en el caso de Lot, mediante burlas y amenazas. El mundo no desea los principios de Dios, ni su santidad, ni nada que le prive de sus placeres, y tarde o temprano el cristiano que trata de llevar las cosas de Dios a los círculos del mundo se dará cuenta de que odia a Dios y todo lo que es suyo. Prueba de ello fue cuando el Hijo de Dios estuvo en la tierra; tuvo que decir: «Me han odiado tanto a mí y como a mi Padre» (Juan 15:24).

El cristiano que se mezcla con el mundo no solo daña su propia alma, sino que también causa graves daños a los demás. Lot no estaba solo en Sodoma; su mujer y sus hijas estaban allí con él, y sus hijas estaban a punto de casarse con hombres que vivían en la ciudad malvada. En su misericordia, los ángeles ofrecieron la liberación a todos los que estaban en la casa de Lot y, actuando según sus palabras, Lot salió y habló con sus yernos, instándoles a escapar de la inminente destrucción de la ciudad. Sus «yernos» pensaron que se estaba burlando, porque hasta entonces no se había comportado como un hombre en una ciudad condenada. Toda su vida contradecía sus palabras, así que los jóvenes trataron la advertencia como una gran broma. ¿Y qué pasa con los cristianos que encuentran su gozo en las cosas del mundo? Cuando

quieran expresar a sus semejantes que este mundo está a punto de ser juzgado y que deben separarse de él, ¿qué dirán? Nuestras vidas deberían ser la expresión práctica de nuestras palabras, no su contradicción. Debemos ser como Pablo, que dijo: «Pero por la manifestación de la verdad, nos recomendamos a toda conciencia humana en la presencia de Dios» (2 Cor. 4:2).

8 - Génesis 19:24-26

Llegó el día de la destrucción de Sodoma (y el día del juicio de este mundo llegará con la misma seguridad, aunque Dios se demore y muestre misericordia, como hizo con Sodoma), y los ángeles exhortaron a Lot, diciendo: «Levántate, toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad» (19:15). ¡Qué compasión y longanimidad por parte de Dios! No contento con exhortar a Lot, «deteniéndose él, los varones asieron de su mano, y de la mano de su mujer y de las manos de sus dos hijas, según la misericordia de Jehová para con él» (v. 16). Fue difícil para Lot abandonar la ciudad, pues allí estaban todas sus posesiones, todas sus relaciones, todo por lo que había trabajado, donde había pasado toda su vida, y tal vez incluso algunos de sus parientes naturales (vean Gén. 19:12). El pobre Lot y su mujer e hijas casi fueron arrastrados fuera de Sodoma, pues sus corazones estaban ligados a la ciudad por muchos y fuertes lazos, y ¿qué tenían fuera de ella? Ay, muchos cristianos son como Lot; sus lazos prácticos están con este mundo presente, y saben poco de los lazos que atan al verdadero creyente a Cristo en el cielo, y a los santos de Dios que han oído el llamado de Dios a caminar como peregrinos y extranjeros en este mundo.

Por la misericordia de Dios, Lot es conducido fuera de la ciudad, y la orden que le dan los ángeles es: «Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas» (v. 17). Lot escapa solo con su mujer y sus hijas. Si hubiera hecho caso de la advertencia de Dios cuando Abraham lo rescató de las garras de los reyes confederados, ahora podría haber sido como Abraham, un extranjero en la tierra, pero con las bendiciones y la protección de Dios. Pero la advertencia divina no cambió el comportamiento de Lot, que no quiso romper con los hombres culpables de Sodoma, de modo que si, por la bondad de Dios, escapó a la destrucción, perdió todas sus posesiones y vio reducidas a cenizas las cosas que había valorado. La llanura que se le había aparecido como el jardín de Dios ya no era un refugio para él; también debe ser destruida; todos sus hermosos y gordos

pastos pronto serán como un horno humeante.

¡Qué lección para el cristiano! ¡Qué advertencia para los que pretenden vivir en las delicias de un mundo condenado! La *montaña*, y no el valle, era el lugar de refugio de Lot, según las instrucciones de los ángeles.

Pero Lot no tenía corazón para la montaña. Eso podría haberle convenido a Abraham, que nunca había sabido lo que era ser “un hombre de mundo” en las ciudades de la llanura; pero la sola idea de la montaña le resultaba repulsiva a Lot. ¡Qué difícil es para un cristiano mundano abandonar la vida de la ciudad de los hombres por una vida de separación y comunión con Dios! El pensamiento de una vida de fe llena su corazón de aprensión y temor. La vida cristiana normal está lejos de ser atractiva para el cristiano que vive en el mundo. Está agradecido a Dios por haber salvado su alma de la muerte, pero no disfruta del camino del peregrino. Es el caso de Lot, que sabe que Dios ha sido misericordioso con él al perdonarle la vida, pero la perspectiva del aislamiento en la montaña le infunde pavor. Por ello, Lot suplica que se le permita entrar en Zoar, lo que Dios le permite, conteniendo el fuego de su ira hasta que lo haga.

El argumento de Lot es que Zoar es solo una pequeña ciudad. La vida del mundo de los hombres seguía ocupando su corazón, a pesar de que era un hombre justo, y su súplica sugiere que, debido a su tamaño, Zoar podría ser perdonada, ya que su maldad no sería de la misma magnitud que la de Sodoma. Es cierto que Sodoma destaca, incluso entre las ciudades de la llanura, por la enormidad de sus pecados, como leemos: «Los hombres de Sodoma eran malos y pecadores contra Jehová» (*Gén. 13:13*); los pecados de Sodoma caracterizaban a las demás ciudades, y solo la misericordia de Dios, a través de la súplica de Lot, perdonó a Zoar. Esta podía parecer diferente a los ojos de Lot, pero apenas lo era a los ojos de Jehová; sus pecados, como los de Sodoma, llegaban hasta el cielo y reclamaban el juicio de un Dios justo y santo. El cristiano está llamado a caminar aparte de sus principios, a caminar a la luz del mundo de Dios, a la luz de la ciudad que Abraham esperaba, «la ciudad que tiene [los] cimientos; cuyo arquitecto y hacedor es Dios» (*Hebr. 11:10*). Hemos de estar totalmente separados para Dios, sin dejarnos atrapar por el señuelo de “los pueblecitos o las grandes ciudades” de los hombres; nuestra vocación es como la de Abraham. Debía dejar toda su antigua vida en Ur de los caldeos para convertirse en peregrino y extranjero, sin pretender volver a su antigua vida en las ciudades de la llanura.

Si Lot hubiera podido prever el destino de las ciudades de la llanura cuando eligió

la llanura bien regada del Jordán, tal vez habría hecho una elección diferente, pero no habría sido por razones puras. De la misma manera, Dios nos ha advertido del inminente juicio del mundo y, sin embargo, muchos cristianos están enredados en sus asociaciones y buscan sus placeres y satisfacciones, y como Lot, tendrán que ser arrebatados del mundo en la Venida del Señor Jesucristo. Para ser preservados de las influencias perniciosas del mundo, debemos conocer la bendición de la comunión con Dios, y tener nuestras mentes fijas en las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. ¡Oh, si nuestros pobres corazones conocieran más la atracción de la Persona del Señor Jesús, y si la poderosa influencia de su llamamiento celestial se sintiera más constantemente!

Cuando los ángeles sacaron a Lot de Sodoma, le ordenaron: «Escapa por tu vida; no mires tras ti» (19:17), pero la «la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal» (19:26). Aunque había sido liberada de Sodoma, había dejado allí su corazón, y estaba más preocupada por Sodoma que por la Palabra de Dios pronunciada por los ángeles. ¿No es esto lo que nos recuerda la Epístola a los Hebreos?: «La palabra hablada por medio de ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución» (2:2). En **Lucas 17**, donde el Señor habla del día en que se manifestará el Hijo del hombre, dice: «El que esté en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot» (v. 31-32). ¿Quería la mujer de Lot volver a Sodoma? El Señor Jesús dijo a los discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra» (**Mat. 5:13**); Lot y su mujer deberían haber sido «sal» de esta manera en Sodoma. Lo que ella debería haber sido moralmente en Sodoma, se convierte físicamente fuera de Sodoma, como memorial de «la bondad y la severidad de Dios» (**Rom. 11:22**).

El juicio emitido sobre la mujer de Lot ¿no sugiere que ella pudo tener mucho que ver con el fracaso de su marido? En efecto, las esposas pueden ejercer una influencia muy fuerte sobre sus maridos y sobre la vida de sus familias, para bien o para mal. Podemos estar seguros de que ella tenía poca consideración por la Palabra de Dios, y podemos considerar que una mujer que tiene poca consideración por la Palabra de Dios no ejercerá una influencia beneficiosa sobre los que la rodean. Las acciones de sus hijas, relatadas al final de este capítulo, no pintan un cuadro favorable de la madre que las había criado.

9 - Génesis 19:29-38

Dios tiene consideración por los que confían en él, y esto queda ilustrado por las palabras: «Cuando destruyó Dios las ciudades de la llanura, Dios se acordó de Abraham, y envió fuera a Lot de en medio de la destrucción, al asolar las ciudades donde Lot estaba» (19:29). Abraham acudió a Jehová y le dijo: «¿Destruirás también al justo con el impío?» ¡Cómo se deleita Dios en la intercesión! Y gracias a la intercesión del hombre de fe, el justo Lot fue salvado y no ha sido destruido con los impíos. ¿No nos recuerda esto la Escritura: «La ferviente súplica del justo puede mucho»? (Sant. 5:16).

Las escenas finales de [Génesis 19](#), aunque sin duda se dan para contarnos el origen de Moab y Amón, 2 naciones que mostraron una incansable y amarga oposición al pueblo de Dios, también revelan la vergüenza de Lot; y esto también es para nuestra instrucción. Qué resultados tan vergonzosos y dolorosos pueden resultar de la conexión con el «presente siglo malo» ([Gál. 1:4](#)), no solo para nosotros mismos, sino también para aquellos que están relacionados con nosotros. Lot había pensado que Zoar sería una ciudad de refugio para él, pero, por desgracia, resultó ser un lugar de miedo. Es evidente que su intercesión por Zoar no había suscitado la gratitud de sus ciudadanos, si es que les había revelado la razón de su conservación. De hecho, es concebible que el temor de Lot estuviera causado por las insinuaciones de que él había sido la causa de la destrucción de las ciudades de la llanura, del mismo modo que más tarde los hijos de Israel «murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová» ([Núm. 16:41](#)). Israel culpaba a Moisés, que tantas veces había intercedido por ellos, de la muerte de los que habían perecido en su rebelión contra Dios.

Cuánto mejor habría sido para Lot hacer caso de la palabra de los mensajeros de Dios: «Escapa al monte»; eso le habría preservado del miedo que le había invadido en Zoar, y habría conocido el refugio de la montaña como el lugar de cobijo de Dios, en lugar de la cueva de la vergüenza. A menudo pensamos que sabemos lo que es mejor para nosotros y nos apartamos de lo que Dios prescribe, solo para ver nuestra propia locura y perder lo que Dios, en su misericordia, había preparado para nosotros. Si Lot hubiera buscado el rostro de Dios, podría haber encontrado en la montaña un lugar de comunión, pero en su lugar es un escenario de vergüenza y desgracia duraderas. La separación del mundo no significa necesariamente comunión con Dios, pues las graves corrupciones del mundo pueden encontrarse en el aislamiento de un monasterio o convento, tanto como en medio de una ciudad

malvada. Las influencias de Sodoma dejaron su huella en las hijas de Lot, pues llevaron a la cueva lo que habían aprendido allí. No habían aprendido que Dios podía proveer una generación para Lot, si él lo deseaba, sin recurrir a medios tan degradantes. Abraham y Sara, Manoa y su mujer, Zacarías e Isabel, todos experimentaron que Dios podía intervenir para proporcionarles hijos a su manera.

10 - Lecciones de la vida de Lot

¿Qué lecciones podemos aprender de la vida de Lot! Lot no se imaginaba todos los problemas que surgirían de su elección de la llanura bien regada del Jordán, cuando su corazón estaba lleno del atractivo de las cosas presentes, en lugar de las cosas que la fe nos permite contemplar. El pobre Lot no parece haber aprendido lo que Dios quería enseñarle. Habiendo entrado en Sodoma y aprendido su verdadero carácter, debería haberse apresurado a salir. La Palabra para el cristiano es clara: «¡Salid de en medio de ellos y separaos!, dice el Señor, y ¡no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré! y seré vuestro padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Cor. 6:17-18).

Incluso cuando es disciplinado por Dios y salvado por la misericordia de Dios a través de Abraham, Lot, en lugar de abandonar Sodoma, se involucra más profundamente en sus asociaciones. La Palabra de Dios para nosotros es: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; pues, ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué armonía de Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene un creyente con un incrédulo? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos?» (2 Cor. 6:14-16). La Escritura es tan clara y, sin embargo, los cristianos o no conocen la voluntad de Dios para ellos, o no quieren hacer la voluntad de Dios. Todos deberíamos reflexionar detenidamente sobre lo que le ocurrió a Lot en Sodoma, y especialmente cualquier cristiano que se haya dejado atrapar por una de las muchas asociaciones del mundo.

En el momento en que Dios interviene para sacar a Lot de la ciudad condenada, la orden de Dios no ha sido recibida; Lot cree saber lo que es mejor para él. Comprende tardíamente que la orden de Dios era para su bien, pero evidentemente demasiado tarde para beneficiarse de ella. Cuánto mejor habría sido para él, incluso en este momento de su historia, descansar en la simple fe en la Palabra de Dios y actuar en obediencia. Dios sabe lo que es mejor para nosotros, y cuando descansamos tranquilamente en lo que él dice, todo nos va bien. Si le acordáramos importancia a la

Palabra de Dios y recordáramos lo que el Señor Jesús dijo a sus discípulos: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él» ([Juan 14:21](#)).